

Consenso del bicentenario

Reconciliación nacional, continuidad e
innovación para construir un país para todos

Justificación

A diferencia de sus países vecinos, Bolivia se acerca a su bicentenario sin un consenso de la mayoría de la población sobre cuál es el camino que debe seguir en el largo plazo.

La falta de un consenso nacional se expresa en tres deficiencias: a) falta de claridad sobre las metas que debemos alcanzar colectivamente, b) falta de prioridades: el supuesto de que hay que hacer todo al mismo tiempo, y c) polémica, a veces violenta, en torno a los métodos y los modelos para alcanzar el progreso y el bienestar.

Un consenso nacional requiere cambiar de punto de partida: basarse en la historia en lugar de centrarse en esta o aquella ideología, aprender las lecciones del pasado y reaccionar a los estímulos que nos propone el futuro.

El bicentenario del país puede ser una buena ocasión para forjar el consenso que

requerimos imprescindiblemente y que tendremos que construir tarde o temprano. Esta importante fecha simbólica puede catalizar las fuerzas patrióticas del país, de modo que, por primera vez, dejemos atrás las dicotomías que han dividido el pensamiento y la política nacionales, y que no han funcionado en 200 años, y hagamos *una síntesis* que recoja lo mejor que hemos hecho hasta ahora y le dé continuidad, que no repita los errores del pasado, y que haga lo que hasta ahora no se ha hecho.

Este documento pretende inspirar este proceso fijando metas, estableciendo prioridades y, sobre todo, superando el enfrentamiento en torno a modelos opuestos y utopías de transformación que siempre acaban en decepciones. Por eso lo hemos llamado: “Reconciliación nacional, continuidad e innovación para construir un país para todos”. Fue elaborado por un equipo que dirigí durante varios meses, y sometido a crítica y revisión en varios foros organizados especialmente para esto. Agradezco a todas las personas que aportaron con sus ideas y sugerencias, aunque

la responsabilidad final por lo que aquí se sostiene es mía.

A los bolivianos hoy el país nos causa orgullo y, al mismo tiempo, dolor. Nadie quiere que este sentimiento ambivalente se mantenga por siempre. Para evitarlo debemos reconciliarnos, de modo que nadie sea excluido. Debemos ponernos de acuerdo, lo que exige que ninguna fracción de la población gane a costa de la otra. Debemos darle continuidad a lo que funciona, cambiar lo que no funciona y hacer lo que hasta ahora no se ha hecho.

Debemos despertar las energías dormidas de la nación, apelando a un renovado patriotismo que surja de la tradición, de las múltiples culturas, del rico pasado, y se arme de las herramientas más modernas y democráticas que pone a su alcance el mundo contemporáneo para proyectarse –sin falsos consuelos ni mintiéndose a sí mismo, pero tampoco sin pesimismo ni menosprecio de lo propio– hacia un futuro mejor.

Samuel Doria Medina

El punto de partida: 200 años de historia

La vocación bolivianista versus el subdesarrollo

En dos siglos, Bolivia se ha constituido, como país y como nación, enfrentando las condiciones más adversas. Su voluntad de ser se impuso a las desventajas de partida: un territorio muy difícil de articular y en grandes espacios poco productivo, una población heterogénea, en la que se enfrentaba una élite blanca y mestiza, que monopolizaba los medios modernos de vida, con una mayoría indígena que la primera quería “civilizar”. Con el tiempo la carga se hizo más dura: tres guerras le arrebataron partes importantes de su territorio y una de ellas, la que sostuvo con Chile, le quitó una salida soberana a la costa.

Pese a ello, en medio de la adversidad y la pobreza, Bolivia se impuso. Los avatares de la historia la zarandearon, pero no

lograron vencerla. Aunque su peculiar conformación social la volvió proclive a las “revoluciones” y las “refundaciones”, sin embargo no ha sufrido grandes catástrofes y ha sabido resolver de forma relativamente pacífica sus necesidades más urgentes: el sustento y la auto-organización.

La vocación bolivianista, desplegada a lo largo de estos 200 años, ha sido evidente, pero no suficiente. La nación se ha ido entretejiendo y compactando, pero no ha logrado encontrar un camino que la lleve a los logros que ya han conseguido los países en desarrollo: salir del estancamiento económico; del último lugar en todas las áreas si se compara con sus vecinos, y superar una historia de inestabilidad política (una sucesión de revoluciones y refundaciones) que impide la formación de una red de instituciones que le dé cuerpo al Estado y a la sociedad.

Pese a haber intentado toda clase de soluciones, que se tradujeron en diversos modelos económicos, sociales y políticos, en estos 200 años Bolivia no ha logrado vencer sus grandes dificultades estructurales.

Los grilletes del extractivismo

Como todos los países latinoamericanos, su primer medio de vida fue la extracción de recursos naturales no renovables. A diferencia de la mayor parte de ellos, sin embargo, no ha podido complementar esta actividad – que define al continente y lo hará todavía por mucho tiempo– con actividades industriales basadas en los recursos renovables y menos aún manufactureras. Más del 80 por ciento de los ingresos bolivianos proviene de la exportación de gas y minerales. La sociedad empeña la mayor parte de sus energías en la extracción y en la disputa por los excedentes que ésta genera. De ahí que sea inestable y conflictiva, muy estatista pero con un Estado débil, manipulado por los grupos de interés que, a través de él, aspiran a beneficiarse con las rentas extractivas.

Las características de la economía extractiva han dejado su huella sobre la sociedad entera. Siendo la primera volátil, dependiente de los precios internacionales, ha dado este carácter a la vida económica del país, que no logra pasar por un periodo

relativamente largo de acumulación económica, y en cambio debe ver cómo lo que construye en los tiempos buenos se destruye en cuanto los precios mundiales de las materias primas caen.

Separación entre el campo y la ciudad

Una economía extractiva siempre es “de enclave”, o “insular”, es decir, crea un polo dinámico que no es lo suficientemente fuerte ni puede durar el tiempo necesario para transmitir su dinamismo al resto de la economía, puesto que se basa en la excepcionalidad de los yacimientos.

Ésta es la causa de la brutal separación que se da en el país entre el campo, desarticulado de la economía extractiva y donde no se genera casi ninguna oportunidad nueva, y la ciudad, que crece desordenada e informalmente a la sombra de las exportaciones de minerales y gas.

Si éste es el origen de la separación entre campo y ciudad, ésta se ha agravado por la actitud de los distintos grupos gobernantes, que hicieron que el Estado le diera la

espalda al campo. Varios de ellos usaron las normas sobre la propiedad de la tierra, incluyendo la reforma agraria de 1953, como mecanismos políticos para conquistar “clientela” y no sopesaron los efectos fundamentales de estas normas sobre el (sub)desarrollo. Por esta razón no existe un mercado de tierras saneado y legal, los poseedores de haciendas están constantemente amenazados de reversión, promovida por diversos tipos de “ocupantes”, mientras que los parques nacionales y territorios indígenas son invadidos por colonos que tratan de establecer una actividad agrícola en el bosque, causando graves daños ambientales.

La inútil lucha por “el modelo”

Por otra parte, como ocurre siempre en los países extractivos, las políticas económica y social pueden describirse como un ciclo en el que se suceden primero la inversión privada en el descubrimiento de yacimientos, luego la aparición de un excedente del que gozan los inversionistas y que produce malestar social, a continuación la nacionalización de

las inversiones, la cual permite la redistribución, por vía del Estado, del excedente extractivo, y finalmente la descapitalización de la economía extractiva, sobrecargada por la obligación de financiar un improductivo incremento del gasto corriente, que conduce nuevamente a la necesidad de “atraer inversiones” y privatizar los emprendimientos. Este es el ciclo “privatización-nacionalización-privatización”.

Por eso buena parte de la historia política del país está signada por las luchas, que se vinculan a este ciclo, entre partidarios del mercado y partidarios del Estado. Sin embargo, el triunfo de unos u otros en ningún caso cambió el fondo del problema: la dependencia de la economía nacional de una actividad insostenible: la extracción.

Creación y destrucción de instituciones

Sin embargo, la constante batalla en torno al “modelo económico” tuvo un resultado nefasto: la destrucción de muchas instituciones públicas y empresas privadas que se crearon en las distintas fases del ciclo, por ejem-

plo las empresas mineras de antes del 52, la Corporación Boliviana de Fomento, el sistema de superintendencias, etc. De este modo se bloqueó la posibilidad de una acumulación paulatina de avances y experiencias, que es fundamental para tener un Estado fuerte y una red empresarial densa y experta, que a su vez son condiciones del desarrollo.

Una sociedad “no competitiva”

Cuando Bolivia no tuvo recursos no renovables, por ejemplo en la década de los 90 del siglo XX, aumentó la diversidad de su base productiva y logró levantar industrias de exportación que emplean recursos renovables. Estos logros fueron saboteados por el descubrimiento de yacimientos y todos los procesos sociales que despierta. El extractivismo tiende a congelar a la sociedad, a impedir su modernización, porque entorpece los esfuerzos por encontrar alternativas más dinámicas y creativas de actividad económica.

Por esta razón, y por causas culturales que veremos más adelante, Bolivia es

una sociedad “no competitiva”, es decir, en la que muchas veces es más importante la influencia política (tanto dentro del Estado como fuera de éste, en los movimientos sociales) que el mérito y el esfuerzo para avanzar en la vida. En una sociedad “no competitiva” el acceso a la riqueza no depende de una distribución equilibrada de la propiedad y los derechos de ciudadanía, sino de la correlación de fuerzas políticas y la proximidad o lejanía de cada grupo al Estado.

El doble papel de las corporaciones

Los bolivianos tendemos a organizarnos para evitar la competencia, mantener defensivamente los privilegios que hemos logrado (sobre todo si consisten en alguna forma de acceso a la renta extractiva, sea por la vía de un empleo estatal o por otra “compensaciones” directas) y luchar contra otros grupos.

Estas organizaciones pueden tener muchos nombres (sindicatos, gremios, comités, movimientos sociales) pero son

siempre “corporaciones”, es decir, grupos que defienden intereses particulares en la vida pública.

Las corporaciones son nuestra forma favorita de organización política, lo que le da un carácter peculiar a la democracia nacional. Por un lado, son positivas, porque ejercen una presión tan intensa sobre el Estado que resulta difícil que éste tenga la posibilidad de imponerse autoritariamente. Por el otro, son profundamente conservadoras: al mismo tiempo que apoyan las revoluciones y refundaciones cuando les conviene, impiden cualquier reforma concreta de las relaciones y prácticas sociales que pudiera afectarles, con lo que debilitan al extremo la autoridad del Estado, incluso cuando éste es revolucionario, y generan una espiral de conflictos que absorbe todas las energías del país.

La concepción de la riqueza

Como corresponde con lo que ya hemos dicho, la mentalidad nacional está obsesionada con los recursos naturales no

renovables. Los bolivianos imaginamos toda riqueza como riqueza de la naturaleza, es decir, como materia de disputa y redistribución. Quedan fuera de nuestro encuadre los procesos que se necesita cumplir para producirla, o la posibilidad de que no la “encontremos”, sino que sea un resultado incesante de la colaboración y la competencia.

Por esta concepción “cerrada” de la riqueza, tendemos a creer que en toda interacción entre agentes económicos, uno gana y el otro pierde. Por eso se desconfía de los empresarios, que arrebatan la riqueza a otros, en lugar de considerarlos creadores de oportunidades para el beneficio colectivo. Por eso los microempresarios, que forman la mayor parte de la fuerza de trabajo del país, tienen dificultades para verse a sí mismos como emprendedores y para colaborar con sus colegas medianos y grandes.

Con frecuencia esta concepción está en la mente de los propios empresarios, grandes y pequeños, que realizan su actividad, cualquiera sea ésta, como si fuera extractiva, es decir, sin preocuparse por su sostenibilidad,

explotando a los trabajadores y tratando de aprovecharse de la debilidad del Estado para obtener beneficios ilegales.

La integración de la nación a partir del ascenso indígena

De ser una sociedad de indígenas gobernada por una delgada capa de blancos que pensaban el país sobre la base de la exclusión y el desprecio de sus habitantes, en estos 200 años Bolivia se ha convertido en una hibridación heterogénea y compleja, lo que se expresa en la simultánea auto-identificación de la gente como “indígena” y “mestiza”.

La ascensión que este proceso implicó para los indígenas es probablemente el logro más destacado y tangible de los 200 años de vida del país. Se compone de avances reales como la integración territorial, la impresionante urbanización de la población, el mejoramiento de los servicios de salud y la extensión de la educación pública, de un conjunto de nuevos derechos legales, políticos, y también de reformas en el simbolismo y la correlación

de fuerzas políticas (el voto universal, la generación de un “sentido común” democrático desde 1982 y el más reciente proceso constituyente).

Sin embargo, la integración real de todos los habitantes del país en una nación de ciudadanos distintos pero iguales, dotados de prosperidad material, un “sentido de porvenir”, y soberanía política, cultural y sexual, todavía es una obra inconclusa, que sólo se resolverá del todo cuando encontremos un auténtico camino hacia el desarrollo.

La viabilidad de la democracia

Otro gran avance político boliviano fue la demostración histórica de que podemos goberarnos de forma democrática, multipartidaria, alternada y pluralista, superando los fraudes electorales, golpes de Estado y gobiernos revolucionarios que abundaron en la historia previa del país. Así lo hemos hecho por un periodo comparativamente prolongado: treinta años (1982-2012).

Sin embargo, esta democracia que ya tiene una cierta trayectoria no ha logrado

hasta ahora consolidar instituciones firmes y constantes que permitan asegurar su futuro, y en cambio sigue amenazada por las “revoluciones” y “refundaciones”. Sólo los golpes de Estado parecen haberse evitado de una manera perdurable.

La democracia ha sido el escenario de una guerra sin proyecciones entre las corporaciones, por una parte, y los caudillos, por la otra. Éstos son el resultado de aquellas: las instituciones de defensa no pueden ser democráticas, necesitan líderes fuertes. Por otra parte, la inestabilidad política que genera la continua lucha entre corporaciones ha derivado un presidencialismo extremo que, a su vez, fomenta el caudillismo. Finalmente, la frustración de todos los modelos de reforma de la sociedad ha creado en la población la esperanza en los “hombres providenciales” que, puesto que nada más funciona, sean capaces de lograr el “milagro” del desarrollo.

Corporaciones y caudillos pusieron sus propias visiones e intereses por encima de las necesidades de quienes los rodeaban. A menudo usaron el argumento del mejora-

miento de la democracia (dándole diversos “apellidos”) para cercenar sus fundamentos y poner al Estado a su servicio. A esto se debe la gran debilidad de los partidos políticos y el carácter instrumental que ha tenido siempre el Estado de Derecho.

Revoluciones y refundaciones

Los ciclos del extractivismo dan lugar a revoluciones y golpes de Estado, que se benefician de cada “nueva tendencia” de la economía para cambiar a unas élites y fracciones de clase por otras.

Como cada modelo responde a un ciclo superado, y ninguno de ellos logra el desarrollo del país, cada grupo dominante se propone recomenzar de nuevo la historia del país. Lo que normalmente logra es avanzar el ciclo privatización-nacionalización-privatización otro trecho más.

Pero sus esfuerzos barren las instituciones, incluyendo las democráticas, esto es, los partidos, los poderes independientes y los demás dispositivos de control del poder.

Las lecciones de la historia

En suma, lo que la historia de estos 200 años nos enseña es:

- a) La principal causa del subdesarrollo del país es el extractivismo,¹ que le da una dinámica cíclica a la economía del país, convirtiéndola en una sucesión de auges y decadencias, según el nivel los precios internacionales de las materias primas.
- b) La política económica oscila estructuralmente entre la necesidad de privatizar para atraer capitales a la extracción y la necesidad de nacionalizar para redistribuir el excedente extractivo.
- c) Cada etapa del ciclo privatización-nacionalización-privatización tiene su justificación, pero ninguna logra sus

¹ El extractivismo no consiste en la existencia de recursos naturales, que puede ser positiva en ciertas circunstancias y que en todo caso no se puede ignorar. Se trata de un complejo mecanismo que subyuga todas las actividades económicas y políticas, y que modela los hábitos y las creencias de la población, poniendo a los recursos no renovables como un fin en sí mismo.

objetivos, porque las “soluciones” no pueden serlo mientras siguen dependiendo de una actividad insostenible: la explotación de recursos no renovables.

- d) La lucha entre privatistas y estatistas solo tiene significado si se piensa en el corto plazo; a largo plazo, esta lucha no resuelve el problema de fondo.
- e) Sin embargo, la dicotomía mercado-Estado tiene un resultado claramente negativo: la división de la sociedad. Además, la alternancia en el poder de privatistas y estatistas impide que se creen instituciones, ya sean públicas (que son destruidas por los privatistas), ya sean privadas (que son destruidas por los estatistas).
- f) El extractivismo no compatibiliza con la *competencia*, que consiste en medirse unos con otros en paz, sino con el *conflicto*, que es la vía para acceder a las rentas extractivas. Por eso la sociedad no es “competitiva” sino “corporativa”.
- g) La forma típica de organización de los bolivianos son las “corporaciones”,

que tienen un doble papel: por un lado, uno positivo, porque impiden las dictaduras prolongadas; por el otro, uno negativo, porque debilitan al Estado, resisten las transformaciones y empujan la política a un torbellino de conflictos.

- h) Bolivia ha logrado sus mayores éxitos, el principal de ellos la creciente integración indígena, gracias a la democracia. La historia última ha demostrado que la democracia es viable y también la ha alejado del que solía ser su peor enemigo: los golpes de Estado.
- i) Sin embargo, la democracia todavía está amenazada por las “revoluciones” y las “refundaciones”, que surgen de dos factores: el fracaso del país en el esfuerzo desarrollista, la frustración de los diversos “modelos” que se propusieron a lo largo del tiempo y la debilidad histórica del Estado.

Visión del país

Con el esfuerzo de todos, esperamos encaminar al país para que en 2025 sea:

- 1.** Un país “eco-desarrollista”, es decir, que toma el viejo objetivo de acumular, crecer, industrializar y sustituir importaciones, y le da una nueva orientación. Esto significa que:
 - a)** Se desarrolla conforme va abandonando el extractivismo (que identifica con el subdesarrollo).
 - b)** Diversifica su economía y cada año depende menos de los recursos naturales no renovables.
 - c)** Prioriza el papel de sus emprendedores, en especial los que generan riqueza de forma continua y sostenible, añaden valor a los recursos naturales, producen manufacturas y prestan servicios complejos.

- d) Apuesta su futuro a la consolidación, la formalización y el crecimiento de la economía popular, es decir, invierte significativamente en las alternativas al extractivismo que ya han generado los bolivianos en las condiciones más adversas.
- e) Realiza una política sistemática de apoyo a las industrias nacionales, para sustituir importaciones, especialmente de alimentos. Esto significa abaratar su acceso a la energía, los insumos y los mercados, facilitar su trabajo, desburocratizar las instituciones estatales con las que se relaciona. También aprovechar los flujos de liquidez exportadora para aumentar la demanda, y tomar medidas moderadas de protección del mercado interno.
- f) Se moderniza, articula territorialmente e incorpora inversión y tecnología a su economía sin perder su identidad multicultural y respetando las formas no modernas de producción y comercio, con tal de que no afecten al medio ambiente y a terceras partes.

- g) Crece con equidad y así logra integrar a los grupos mayoritarios de su población en los beneficios del desarrollo, mediante la institucionalización de las políticas de “reparto en efectivo” y una profunda y cuantificable mejora de la educación
- h) Crece aprovechando la naturaleza, en especial los recursos naturales renovables y la biodiversidad; y al mismo tiempo preserva su riqueza para las nuevas generaciones y lucha contra la crisis ambiental.
- i) Crece en un ritmo similar al de los países sudamericanos que están encontrando la senda del desarrollo.
- j) Crece de forma sostenida, sin los altibajos que causa seguir el ciclo de los precios de las materias primas.

2. Un país reconciliado con su pasado y con lo que es, que ha remplazado la lucha por modelos económicos por un consenso sobre una *política económica de síntesis*. Esto significa que:

- a) El país ha logrado salir del ciclo privatización-nacionalización-privatización mediante un acuerdo nacional que le permite establecer a largo plazo las fronteras de los sectores público y el privado.
- b) El país maneja los recursos naturales no renovables por medio de corporaciones públicas que combinan la legitimidad política con la eficiencia empresarial.
- c) El país ha rechazado la tentación de las “refundaciones” y se esfuerza en cultivar instituciones públicas y privadas, mediante la “estabilización de la ley” y su cumplimiento, la continuidad de las burocracias, en especial las inclusivas, y la reducción al mínimo imprescindible de las “reformas institucionales”.

3. Un país que, en el marco del Estado Plurinacional creado en 2009, consolidada la integración intercultural y plurilingüe de la nación boliviana. Esto significa que:

- a) El país articula con flexibilidad la diversidad de identidades que existen en su seno (y respeta la manera en que estas identidades se nombran a sí mismas) y la indudable vocación bolivianista de todas ellas. Las naciones culturales indígenas y la cultura mestiza hispanoamericana son los vectores y la fuerza resultante es la nación estatal boliviana.
- b) El país ha cimentado su unidad sobre la base de su condición pluricultural, multi-lingüística, su diversidad regional y su heterogeneidad poblacional.
- c) El país batalla contra el racismo y la discriminación de los indígenas y otros grupos.
- d) El país continúa el empoderamiento de los excluidos: le da la base económica de la que ha carecido, y enrumba el proceso hacia la unidad y no hacia la fragmentación.

4. Un país que disminuye progresivamente la separación entre el campo y la ciudad. Esto significa que:

- a) El país invierte cantidades importantes de dinero y recursos humanos en la creación de oportunidades económicas, amigables con el ambiente, en el campo.
 - b) El país ha desarrollado políticas agrícolas y ganaderas que garantizan la autosuficiencia alimentaria, así como la exportación de la producción excedente.
 - c) El país ha saneado la propiedad de la tierra, respetando y haciendo respetar la propiedad colectiva de los llanos, la propiedad comunitaria del occidente y la propiedad privada.
 - d) El país ha definido finalmente su ordenamiento territorial, de modo que puede reconocer plenamente la propiedad inmueble de las ciudades, en especial la de los más pobres, para éstos salgan de la informalidad y puedan convertirla en un instrumento de desarrollo.
- 5.** Un país con una nueva mentalidad productiva, en lucha cotidiana contra el extractivismo. Esto significa que:

- a) El país abandona las concepciones de la riqueza como objeto de disputa en lugar de resultado de la colaboración y el trabajo, y ve el emprendimiento como una actividad socialmente necesaria.
 - b) El país posee una empresa privada intercultural, popular, comprometida con Bolivia, que no usa el Estado a su favor y que contribuye al desarrollo colectivo con responsabilidad social y ambiental.
- 6.** Un país que ha consolidado su democracia, garantizando que ésta sea pluralista, institucional, basada en los partidos y en un acuerdo que respete y canalice pacíficamente la actividad de las corporaciones. Esto significa que:
- a) La población hace ejercicio pleno de sus derechos y deberes individuales y colectivos.
 - b) El país disminuye el caudillismo, y no admite el fraude electoral ni la criminalización de la política.
 - c) El país ha logrado un acuerdo nacio-

nal de gobernabilidad, que asegura una relación dialogada, regulada y pacífica entre el Estado y los movimientos sociales, y que da un espacio a las corporaciones.

- d) El país tiene políticas de seguridad que eliminan la posibilidad de “represión salvaje”, aseguran la institucionalidad de la Policía y las Fuerzas Armadas, marcan límites a estas instituciones y, al mismo tiempo, reconocen su aporte a la convivencia nacional, por lo que evitan criminalizar su actividad legítima.
- e) El país enfrenta con rigidez estratégica y flexibilidad táctica la amenaza a su soberanía y tranquilidad que representa el narcotráfico. Señala límites firmes a los productores de coca, pero evita entrar nuevamente en una confrontación sin sentido con ellos.

7. Un país con una administración verdaderamente democrática de la cosa pública, que se realiza en la dimensión vertical y horizontal del Estado: en la vertical, con autonomías departamentales

que no sólo lo son de nombre, y con autonomías y municipios indígenas y no indígenas que tienen verdadera capacidad de decisión y que contribuyen efectivamente (y no sólo empleando a más burócratas) a la lucha contra la pobreza; y en la horizontal, con órganos estatales iguales en jerarquía, independientes unos de otros, subordinados a leyes eficientes y permanentes, que cumplan primero que nada los gobernantes. Una pieza clave de esta arquitectura es la designación de jueces que sean un orgullo para el país.

8. Un país con un Estado que sea popular, “pro-pobres” y, al mismo tiempo, eficiente. Esto significa que:

- a) El Estado tiene una composición popular e indígena y un vínculo estrecho con los pobres, pero al mismo tiempo es capaz de proveer servicios estatales eficientes y oportunos.
- b) El Estado mantiene a su personal, lo capacita e incorpora a los mejores

bolivianos, sin distinción políticas, y les da condiciones de trabajo que sean atractivas, pero al mismo tiempo los evalúa constantemente, a fin de que respondan por sus resultados.

9. Un país que tiene vocación internacional e impulsa la integración regional con estrategias flexibles e innovadoras, que buscan la ganancia de todos los participantes. Esto significa:
 - a) El país tiene una diplomacia profesionalizada como la de los países vecinos.
 - b) El país intenta aprovechar la presencia de Brasil en el grupo de las potencias emergentes del siglo XXI, con acuerdos binacionales que, preservando su soberanía, le permitan acelerar su desarrollo.
 - c) El país atrae inversiones extranjeras, pero sin hacer concesiones que luego reactiven el ciclo privatización-nacionalización-privatización.

Las prioridades nacionales

El problema del subdesarrollo es que resolver cualquiera de sus manifestaciones parece exigir la solución del subdesarrollo mismo. Cada reforma requiere de condiciones e instrumentos que no existen y cuya creación demanda otras reformas, en una seguidilla sin fin.

Pero no se puede hacer todo al mismo tiempo. Los bolivianos debemos priorizar algunas estrategias que gocen de consenso y parezcan adecuadas para impulsarnos hacia adelante.

1. *Salir del ciclo privatización-nacionalización-privatización.* En lugar de caer una vez más en alguna de las etapas del ciclo privatización-nacionalización-privatización, cada una de las cuales conduce a la opuesta, es necesario establecer corporaciones públicas y un sistema

de alianzas público-privadas que recuperen las potencialidades de ambos regímenes de propiedad. Por un lado, la eficiencia y la meritocracia de las empresas privadas; por el otro, la sostenibilidad política de las empresas estatales. Hasta 2025 debemos tener un conjunto de empresas públicas consolidadas, que se manejen como corporaciones y que ocupen un espacio establecido a largo plazo en la economía, lo que es imprescindible para no desalentar la iniciativa y la inversión privadas.

2. *Volcarse a la economía popular.* El país ha encarado varias revoluciones a lo largo de su historia, sin embargo, el reto de la generación del segundo centenario es coadyuvar en la conformación de una verdadera ciudadanía económica que se caracteriza por otorgar el protagonismo principal de nuestro desarrollo al ciudadano económico, al emprendedor, al productor campesino, al empresario, al industrial y al impulsor de nuevas oportunidades económicas.

El Estado debe dejar de priorizar la parte moderna del país (que está vinculada al núcleo extractivo), y volcarse hacia los pequeños emprendimientos con inserción incierta en el mercado, pero que emplean al 80 por ciento de la población, con el propósito de capacitarlos, articularlos y aumentar su tamaño.

Para ello la condición imprescindible es regularizar los derechos de propiedad de todos los bolivianos, en las ciudades y en el campo, sean éstos individuales o colectivos, y evitar que estén sujetos a la discrecionalidad política, que se esconde detrás de un bosque de exigencias burocráticas.

En segundo lugar, se necesita promover la confianza de unos agentes económicos en los otros, disminuyendo los costos de transacción y mejorando el sector civil de la Justicia boliviana.

En tercer lugar, hay que incentivar a los empresarios populares a legalizarse, con la reformulación de las bases mismas de las políticas estatales (lucha contra el contrabando, tratamiento a las

empresas formales, políticas impositivas y laborales).

En cuarto lugar, se necesita promover y apoyar el encadenamiento de los grandes y pequeños productores, y de éstos entre sí.

El Estado debe realizar una gran labor pedagógica, definiendo una nueva escala de prioridades y difundiendo a través de la educación formal e informal una nueva visión productiva y emprendedora.

3. *Volcarse a los recursos renovables.* El primer paso para salir del extractivismo es la diversificación e industrialización basada en los recursos renovables, en particular la agropecuaria, la industria forestal y el comercio sostenible de biodiversidad. Pero este movimiento debe coincidir con la necesidad de preservar la naturaleza y desarrollar una “economía verde”, que genere desarrollo y fuentes de empleo al mismo tiempo que presta servicios ambientales.

4. *Volcarse a la educación.* El desarrollo de Bolivia será inviable si no cambia la mentalidad y aumentan las capacidades de su población. Esto sólo se puede lograr más que cambiando profundamente la educación pública, básica y superior, a fin de que deje de ser una gigantesca agencia de empleo y se convierta en un verdadero factor de transformación de la sociedad. Se debe orientar la educación a las necesidades del mercado laboral y hacer énfasis en la investigación y la innovación.

5. *Volcarse a la descentralización.* Una verdadera descentralización del poder, que vaya más allá de las leyes y que entregue a las poblaciones locales la responsabilidad de su organización y progreso, es decir, verdadera autonomía, significará un importante paso hacia adelante: Los logros y los problemas de cada municipio y departamento se convertirán en responsabilidad de ellos mismos, lo que despertará un proceso de emulación y prueba-error que

no tiene precedentes en la historia nacional, disminuirá la corrupción y permitirá monitorear “desde abajo” los proyectos de desarrollo.

La contrapartida que deberán dar los departamentos y las regiones al desprendimiento del Gobierno central será su aceptación y participación en la reformulación de la fiscalidad del país, a fin de garantizar que cada ciudadano boliviano tenga un “mínimo indispensable” de bienes y servicios estatales, sin importar en qué lugar del país viva.

6. *Volcarse a las instituciones.* Una de las claves del desarrollo es la solidez institucional. Si no se alienta las disputas en torno a diferentes modelos económicos, se controla la “empleomanía” de los políticos y el personalismo de los caudillos, y si se acepta la delegación y compartimentación del poder (legislativo, administrativo y ejecutivo) pronto el Estado y también la economía privada adquirirán la forma de una red de instituciones económicas,

sociales y políticas eficientes, independientes y de largo plazo.

7. *Estabilizar la ley y cumplirla.* No podemos refundar el país una y otra vez. Debemos mejorar lo que ya existe hasta restablecer un conjunto de leyes básicas que representen un genuino consenso nacional y que no reflejen una sola visión de lo que el país debe hacer, pues ésta necesariamente será temporal.

Pero lo más importante es que esta base estable de leyes se cumpla. Tan sencilla actitud exige sin embargo de un enorme compromiso y coraje de los gobernantes y los ciudadanos. No en vano se ha dado tan poco en nuestra historia y nuestra cultura. Una sociedad que se basa en el cumplimiento de las leyes crea las condiciones imprescindibles del desarrollo: instituciones de largo plazo, una democracia que controle el poder personal en lugar de impulsarlo, poderes independientes entre sí, Estado de Derecho y seguridad jurídica.